

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA
INSTITUTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
MONOGRAFÍAS, XVII

La Cueva II de la Mostela (Barcelona)

POR

J. DE C. SERRA-RÀFOLS

BARCELONA

1965

LA CUEVA II DE LA MOSTELA (BARCELONA)

por J. DE C. SERRA-RÀFOLS

Es bien sabido que durante el Eneolítico, por el norte de Cataluña y mediodía francés, con eje teórico en el Pirineo, se extiende una cultura que ha sido caracterizada por los enterramientos en dólmenes o megalitos y denominada indistintamente «pirenaica» y «megalítica catalana».¹

Como también es sabido, en la misma zona geográfica se practicaban enterramientos en cuevas, y los ajuares depositados en los mismos son, en conjunto, idénticos a los de los dólmenes, y nos ilustran, tanto como los de éstos, respecto de la cultura de la época.

Situación. — La zona de montañas al nordeste de Barcelona, a lo largo del litoral, formando el eje orográfico de la comarca del Maresme o costa de Llevant, es especialmente rica en pequeñas cuevas, utilizadas

1. Desde los trabajos de Bosch Gimpera, continuados por los de Pericot. Para las consideraciones generales sobre esta cultura remitimos al estudio de este último: *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona, 1950, donde se recoge la bibliografía anterior. Recientemente ha empezado a publicarse un *corpus* de los dólmenes catalanes; los dos fascículos aparecidos son a cargo de Ricardo Batista Noguera (I, *Sepulcros megalíticos de la comarca del Moyanés*; II, *Sepulcros megalíticos de la comarca de Vic*, Barcelona, 1961 y 1963, respectivamente).

2. La Roca d'en Toni es uno de los dólmenes conocidos desde fecha más antigua. Aunque Pericot (loc.

contemporáneamente a los dólmenes, por la misma población y con idéntica finalidad. De tal manera coexisten dólmenes y cuevas sepulcrales, que en lugares como Can Boquet (Vilassar de Dalt), un dolmen, el de la Roca d'en Toni, está situado a menos de 500 m. de un grupo de estos abrigos.²

La sierra del Maresme es una parte de la vieja cadena herciniana, en la que predominan los granitos y ha sufrido la consiguiente erosión y descomposición química. El hombre neolítico vio aquellas colinas en forma no muy diferente de la actual. Es un relieve suave, existiendo en muchas cimas pequeñas planicies que se han mantenido en un nivel parecido al de hace cuatro o cinco mil años, ya que la erosión, muy fuerte en ciertos lugares, ha afectado principalmente las laderas. La prueba arqueológica nos la dan precisamente los dólmenes existentes en

cit., pág. 151) dice «sin excavar», lo ha estado infinidad de veces. En 1951, en compañía de nuestro colaborador señor Ventura, descubridor de las numerosas estaciones de los contornos de Can Boquet, lo excavamos nuevamente, más por *acquit de conscience* que por nada, sin descubrir el más mínimo resto antiguo.

Las estaciones de Can Boquet son en realidad inéditas, aunque de las principales ha dado una noticia resumida M. Ribas Bertrán en *El poblament d'Iluro*, «Memòries de la Secció Històrico Arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans», XII, Barcelona, 1952, pág. 24, lám. III, y en *Els orígens de Mataró*, Mataró, 1964, págs. 23 y siguientes.

estos lugares, como el citado de Can Boquet y otros, que no están sensiblemente sepultados ni sobreelevados respecto del tiempo en que fueron erigidos. Existen zonas en que los granitos erosionados se presentan en forma de acumulaciones de rocas de perfiles suaves y desgastados, que a veces reciben el nombre de «boles», precisamente por su forma más o menos esférica. Con frecuencia unos bloques cabalgan sobre otros, originando pequeñas cavidades, que en la comarca reciben el nombre de «caus». No faltan masas graníticas que se han desgastado más por la base o que se han inclinado, formando pequeños abrigos menos confortables. Pero casi todos han sido utilizados por el hombre desde el neolítico hasta los tiempos ibéricos, encontrándose testimonios de esta utilización, aunque sólo sea en forma de pequeños fragmentos de cerámica a mano. Algunos han sido estudiados, como los diversos de Can Boquet ya mencionados. En una zona alejada de ellos, 13 kilómetros al nordeste, en el término municipal de Llinars del Vallès, cerca del límite con el de Dosrius, a 32 kilómetros de Barcelona, existe el «Cau» objeto de esta nota.³

El descubrimiento tuvo lugar el día 21 de junio de 1953, por Jaume Comas Carreras y Antoni Guilleumes i Brossa. El propósito de investigar la zona nació del hallazgo de dos hachas de piedra — una de ellas de basalto, de 10,3 cm. de longitud, y la otra (fragmentada), de pizarra y con una longitud de 8,2 cm. — realizado en agosto de 1951. Anteriormente, por aquellos lugares había

sido encontrada otra hacha de basalto de 11 cm. de longitud, recogida por el arrendatario de Can Pèsol, teniendo además noticia de que cerca de Can Collet, en la masía en ruinas de Can Martí Vell se guardaban materiales de este tipo. En el límite de los terrenos correspondientes a este manso con los de Can Puigverd se encuentran los «caus» de la Mostela. Posteriores recorridos por aquellos lugares dieron por resultado el hallazgo de pequeños fragmentos de cerámica de aspecto neolítico.

El nombre de «Cau de la Mostela II» le fue dado por su inmediata vecindad con el propiamente denominado «Cau de la Mostela», agrupamiento de grandes bloques graníticos en un rellano que forma la vertiente sur de la montaña de Sant Sebastià de Puigpedrós, donde se hallaron las primeras hachas y por donde pasa el camino, en parte desaparecido, que a media ladera de aquella vertiente comunicaba El Coll con las masías del valle de El Far. El Cau de la Mostela, propiamente dicho, presentaba diversas grietas y pequeños abrigos, que fueron explorados en operación de urgencia, dado que había sido iniciada en aquellos lugares una explotación industrial de bloques graníticos que amenazaba destruirlo, como así ocurrió poco tiempo después.

Los resultados de la exploración del Cau de la Mostela I fueron escasos, a pesar de la aureola con que la gente del país envolvía al lugar.⁴

La misma urgencia que existía en salvar el yacimiento de la estación anterior existía para el abrigo del Cau de la Mostela II,

3. Únicamente se ha hecho mención de él en J. de C. Serra-Ràfols, *El estudio de la cultura megalítica catalana*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol. V, Valencia, 1954, págs. 23-33.

4. Nos fueron explicadas algunas prácticas mágicas por el abuelo de Can Collet, que podrían ser indicaciones de la persistencia en el subconsciente popular de tradición de un lugar de culto ancestral. Nos fue confirmado también por los picapedreros, que

también eran gentes del país, que nos hablaron de unas danzas rituales que tenían lugar en tiempos antiguos (nótese el sentido histórico, no legendario de brujas, etc. de esta tradición) y de una cierta resistencia a ceder el lugar para su explotación, y consiguiente destrucción.

Los «caus» de la Mostela I, por otra parte, habían sido saqueados por el arrendatario de Can Pèsol, antes mencionado.

amenazado también de destrucción por los picapedreros, junto con los restantes agrupamientos vecinos que pueden correr la misma suerte (Pedra de la Butifarra, Pedra de la Campana, etc.). La acción de la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, previniendo a las autoridades locales de su responsabilidad si era destruida la estación, el interés de la cual había sido ya difundido,⁵ ha evitado hasta el presente su desaparición. Hoy continúa prestigiando el paisaje aquel bellissimo rincón de las sierras entre el Vallès y el Maresme.⁶

La prospección superficial del Cau de la Mostela II, el mismo día de su descubrimiento, dio fragmentos de huesos humanos y de cerámica de clara factura prehistórica.

La cueva. — El Cau de la Mostela II forma una cavidad irregular, más o menos cuadrangular, de unos 3,50 m. en cada una de sus dimensiones. Lo constituye un gran bloque de granito de 1,30 m. de espesor, que descansa inclinado sobre otra masa granítica horizontal, sobre la que hace visera. Algunas losas completan el conjunto. Detrás, y en posición vertical, se levanta otro enorme bloque de granito, del que parece se ha desprendido el que forma la cueva por diaclasa vertical. Sin embargo, esta gran losa vertical ha sido destruida, con lo que se ha alterado el aspecto del conjunto.

5. Que sepamos hablaron de él Radio Nacional, en sus noticiarios de Madrid y Barcelona; el periódico *Mataró*, de 1-8-53; los diarios de Barcelona *El Noticiero Universal*, de 6-8-53; *El Correo Catalán*, y *La Vanguardia*, de 7-8-53, y *El Heraldo de Aragón*, de Zaragoza, de 8-8-53, y finalmente nuestro compañero José Estrada, en un artículo del programa de la fiesta mayor de Llinars del Vallès, publicado el 8-9-53.

Los hallazgos y primeros resultados fueron comunicados en la reunión celebrada en Vilafranca del Penedès por la Comisaría Provincial de Excavaciones, el 23-10-53.

6. El día 3 de julio de 1964, al redactar estas notas, visitamos nuevamente el lugar y pudimos constatar que aún existe, aunque una nueva explotación de granitos mantiene el peligro de su des-

Es de mencionar que detrás y a unos 8 m. de distancia, se levanta un monolito natural de 2 m. de altura, en el que en su parte superior ha sido excavado una especie de depósito de unos 60 cm. de diámetro y unos 20 de profundidad. No dudaríamos en pensar que se trata de una excavación artificial, por lo que cabe dar a este monolito un significado parecido al de un altar.

La excavación. — Se practicó en primer lugar una cata transversal en la entrada de la cueva, avanzando hacia el fondo de la cámara hasta llegar al rincón sur, siguiendo los estratos descubiertos en la trinchera inicial.⁷

Estos estratos formaban cuatro capas bien definidas, que numeramos de uno a cuatro de arriba a abajo y que, con las alteraciones que observamos, se superponían en toda la extensión de la cámara.

Estrato I. — Se trata de una capa superficial de unos 20-25 cm. de tierra polvorienta, gravas y algunas piedras, entre las que destacaba una losa rectangular de unos 50 por 70 cm. Aparecieron ya pequeños fragmentos de huesos humanos y de cerámica prehistórica, al igual que una cantidad relativamente grande (unos 50) de dados prismáticos de preigmatita (material que abunda en los granitos del yacimiento), tan sólo des-

trucción, hasta el punto de que una gran roca que hacía de respaldo al «Cau», y que es visible en nuestras fotografías, ha sido ya destruida.

7. La excavación tuvo lugar los días 18, 25 y 26 julio, 2 y 9 de agosto y 6 de septiembre de 1953. Participaron en la misma de manera destacada nuestros colaboradores Antoni Guilleumes i Brossa, principal autor de la excavación; Jaume Ventura, de Vilassar de Dalt; Josep Estrada, de Granollers, y Jaume Lladó, de Mataró. También tomaron parte los señores Lluís Galera, de Masnou; Manuel Peris, de Barcelona; Pau Ubach, de Vilassar, y Esteve Albert, de Mataró. Hemos de agradecer el calor que en los trabajos pusieron la buena gente de Can Collet, de Can Pèsol y de Can Puigverd, sin el recelo que entre la gente del campo se encuentra a veces en trabajos de esta índole.

bastados y casi siempre rectangulares. Estas piedras de formación natural, pero recogidas expresamente, se continúan encontrando en todo el espesor del estrato II.

Estrato II. — Tiene un espesor de 25-30 cm., alcanzando una profundidad de 50, partiendo del nivel superficial. La tierra tiene un color marcadamente negruzco, es húmifera, con vestigios de descomposición orgánica, aunque sin contener cenizas. Se halló, mezclado con restos humanos, la mayor parte de las piezas que inventariaremos. Sin embargo, fue imposible determinar el número de individuos a los que podían pertenecer aquellos restos, y mucho menos sobre la posición relativa de unos y otros, ya que tanto los huesos como los restos cerámicos se encuentran en acusado estado de fragmentación, y mezclados con ellos se hallaron los otros objetos que mencionaremos. Detallaremos todas las observaciones que pudimos realizar, aunque su valor sea escaso. La fragmentación y la mezcla de los materiales puede depender, en parte, de la superficialidad y poca potencia del yacimiento debajo de la mencionada y estrecha capa que forma el estrato I. Existen motivos para pensar que estamos frente a unos restos arqueológicos que ya fueron depositados allí mezclados, sin olvidar la posterior y esporádica acción humana, ya que el lugar en tiempos post-eneolíticos nunca fue utilizado de forma continuada (de épocas posteriores hallamos tan sólo unos pequeños fragmentos de cerámica ibérica), y la acción de los animales (zorras, comadreas, topos, etc.), que debieron hacer de aquel lugar su madriguera. El espesor del estrato II era bastante uniforme en toda la cámara, inclusive en la extremidad suroeste, donde el suelo granítico queda a un nivel de unos 50 cm. más alto que la entrada. El único punto en que parecía interrumpirse esta uniformidad era

en el extremo norte, donde prácticamente desaparecía el estrato II y la capa superficial descansaba directamente sobre el estrato III.

Estrato III. — Claramente diferenciado del anterior, por su coloración amarillenta y estructura fina y floja. Alcanzaba, en el momento de iniciar su excavación, una profundidad de unos 50 a 80 cm. respecto del nivel superior. Su espesor se afinaba hasta desaparecer en la extremidad sureste de la cámara, y por el contrario era más potente en la extremidad norte, donde, como hemos mencionado anteriormente, no tiene la cobertura del estrato II. El espesor de los dos estratos se compensaría, pues, en los extremos opuestos. Próximo al rincón suroeste, a los 60 cm., este estrato presentaba una variación que lo aproxima a la estructura del estrato IV, es decir, que de una tonalidad clara y pulverulenta pasa a un tono amarillo-negruzco y se hace más compacto. En este punto no se realizó ningún hallazgo. Otra variación se presenta en su lado opuesto, es decir, en el sector norte, donde tanto en las capas superiores e inferiores las tierras que constituyen el yacimiento son compactas (30 y 5 cm., respectivamente). Los hallazgos en este estrato fueron muy escasos, especialmente en restos humanos.

Estrato IV. — Una gran losa de forma cuadrangular es hallada en el centro de la cámara, en el punto de contacto de los estratos III y IV. Este último va desde los 80-85 cm. de profundidad, en relación con el nivel superficial, hasta el fondo de roca del yacimiento, que es el granito originario, siendo este estrato de una potencia media de 30 cm., con más espesor en el centro que en los lados. Forma una bolsa de tierra negra, dura y compacta, que se eleva en el extremo suroeste, siguiendo las irregulari-

dades del suelo y estableciendo tan sólo en aquel extremo contacto directo con el estrato II. Salvo esta excepción, presenta superpuesto el estrato III en toda su extensión.

Entre los pocos materiales que dio este estrato, en la zona del centro y fondo de la cámara, hay que destacar dos colgantes de pizarra que se diferencian de los restantes hallados en el yacimiento. Junto a la pared norte se recogieron algunos fragmentos cerámicos, esquirlas de sílex y restos de carbón. Estos materiales podrían muy bien proceder de estratos superiores, especialmente del estrato II, deslizados por la pared.

LOS MATERIALES DESCUBIERTOS

Se procuró recoger de entre la tierra todo material ajeno a las aportaciones naturales, aunque fuese atípico. Así, se recogió un elevado número de esquirlas de sílex y también de otras piedras (elevado en relación con las modestas dimensiones del yacimientos), que evidentemente han sido llevadas por la mano del hombre. Los fragmentos de cuarzo, de pórfido o de preigmatita que se recogieron pueden proceder de la misma zona, ya que son formaciones líticas que se dan en los granitos, pero se debe a la acción humana el que hayan sido depositados en el yacimiento. Lo mismo podemos decir de algunos pequeños cantos rodados — «microcantos» podríamos llamarles —, que recogimos, especialmente por el hecho de haberse encontrado alguno perforado, con evidente finalidad de usarse como colgante o pieza de ornamento.

El hecho de haber podido recoger piezas de collar o de brazaletes de esteatita de dimensiones mínimas (2,3 mm. de diámetro; por consiguiente de las más pequeñas halladas hasta el momento) demuestra el cuidado que se puso en el trabajo de recuperación.

Sílex. — Forma la parte más importante del material. Mencionaremos, en primer lugar, los que tienen forma definida, para continuar con la estadística de las esquirlas clasificadas por la clase de sílex de que están hechas. (Los números entre paréntesis corresponden al inventario general de los materiales hallados.)

(1) Cuchillo de color melado oscuro, translúcido, sección triangular muy rebajada, curvado longitudinalmente y retocado en todo su perímetro con retoques por lo general gruesos. Longitud, 166 mm.

(2) Cuchillo de color castaño claro, poco translúcido, del tipo de sílex denominado xiloide, aunque sus aguas características son menos visibles que en algunas esquirlas halladas en la misma cueva, de sección triangular muy rebajada, curvado longitudinalmente y retocado en todo su perímetro con retoques finos. Longitud, 125 mm.

(3) Fragmento de hoja de color melado oscuro, que por ser muy gruesa resulta menos translúcida que el número 1, aunque el material es parecido, de sección trapezoidal irregular, retocada en todo su perímetro con retoques por lo general gruesos. Está fragmentada por uno de sus extremos, pero pensamos que ya debería estarlo en el momento de ser depositada en la cueva, ya que podemos asegurar que el fragmento que falta no existía en el momento de la excavación.

(4) Punta o fragmento de hoja lanceolada, de color blanquecino con manchas de color castaño, poco translúcido, sección plano convexa, con retoques pequeños en todo su contorno. Longitud, 44 mm.

(27) Punta de flecha con pedúnculo y aletas, de color amarillento, translúcida, muy finamente retocada por las dos caras. El pedúnculo podría estar ligeramente fragmentado, aunque sin poderlo asegurar. Las aletas son irregulares, una de ellas más larga que la otra. Es el ejemplar de los que

conocemos en Cataluña, donde esta disimetría es más manifiesta.

(40) Punta de flecha de color violáceo claro, opaca, de forma lanceolada e irregular, plana por una cara y convexa por la opuesta, y retocada, no muy finamente, en todo su contorno. Longitud, 31 mm.

(48) Pequeño fragmento correspondiente a una punta de flecha de color blanco muy finamente retocada. Creemos que estaba ya fragmentada al ser depositada en el yacimiento. Longitud, 10,5 mm.

(69) Pequeña hoja de color marrón claro, translúcida y sin retoques. Longitud, 24 mm.

(5) Núcleo en forma de bola, de color ceniciento, y que conserva la mayor parte de la superficie cortical. Diámetros, de 27 a 31 mm.

Estos son los objetos de sílex que tienen una forma definida. Juntamente con ellos se recogió una gran cantidad de esbozos de hojas y diversas esquirlas, que por la calidad del sílex clasificamos en los grupos siguientes:

Sílex xiloide. — Ocho esquirlas con longitudes que van de los 13,5 a los 29 mm. (n.º 13, 16, 18, 21, 26, 42, 212 y 213). El número 26 parece esbozo de hacha, pero en realidad esta forma es más casual que intencionada. Ninguna de ellas puede haber sido extraída del mismo núcleo del que procede el cuchillo 2. Dentro del grupo existen diversas variantes procedentes de núcleos también diversos que van desde los que presentan muy claramente las aguas características (n.º 13 y 16) hasta los que las tienen menos visibles.

Sílex gris. — En general muy translúcido, con gran gama de variantes que van desde coloraciones casi blancas a otras más grises, o con manchas rosadas o violáceas,

así también con coloraciones amarillentas (destacamos los n.º 65, que es una microhoja muy definida, de 14 mm. de longitud, brillante, transparente y completamente fina, y el 10, que es una hoja gris, de 38 mm., que ha conservado en uno de sus lados la parte cortical del núcleo).

Sílex gris opaco. — Ocho esquirlas con medidas de 15 a 35 mm.

Otras variantes de sílex. — Sílex amarillento. Un pequeño núcleo discoidal de color mantecoso, parecido al sílex francés, denominado del Grand-Pressigny. Diámetro, 19 mm.

Sílex blanco opaco. Un fragmento de hoja con la superficie totalmente deshidratada. Longitud, 15 mm.

Una esquirla de sílex amarillo, también opaco. Longitud, 18 mm.

Una esquirla de sílex amarillo translúcido. Longitud, 9 mm.

Esquirlas de otros materiales. — Dos de la variedad amarilla de jaspe de Montjuïc (n.º 23, que es una hoja muy fina de sección triangular, de 23 mm. de longitud, y n.º 70). Catorce de la variedad morada del mismo jaspe, con longitudes que oscilan entre los 6 y 20 mm. (n.º 15, 62, 64, 71, 76, 79, 82, 198, 219 y 258).

Tres de cristal de roca, con medidas de 10 a 11 mm. (n.º 61, 65 y 71).

Un pequeño núcleo de lidita de color negro brillante, de 22 mm. de diámetro (n.º 12).

Más de 20 fragmentos de cuarzo, con medidas de 10 a 50 mm.

Diversas piezas poligonales de pórfido, con medidas de 30 a 75 mm. Aunque su forma, relativamente regular, podría inducir a pensar que están talladas artificialmente, se trata, sin lugar a dudas, de formas natu-

rales, aunque su presencia en la cueva sólo se explica por la aportación humana.

Objetos líticos de carácter no decorativo. — (9) Plaqueta de pizarra gris amarillenta, muy bien pulimentada. Mide 65 mm. de longitud por 26 de anchura media, con un grueso de 4 mm.

(225) Fragmento correspondiente a la parte opuesta al filo de una pequeña hacha de pizarra gris, de rotura antigua, pudiendo asegurar que la parte que falta no se encontraba en la cueva en el momento de su excavación. Mide 30 mm. de longitud por 28 de anchura máxima.

Objetos de adorno. — Fueron encontradas 95 cuentas de collar enteras, más una fragmentada de esteatita (n.º 97 a 192), que debieron formar parte de collares, brazaletes u ornamentos de los tobillos, sin que el lugar del hallazgo pueda aclarar, como en otras ocasiones, el destino ornamental. Son discoidales, y sus medidas van, a excepción de siete ejemplares a los que nos referiremos después, de 5 a 9 mm. de diámetro y de 1 a 6 mm. de espesor (en ocasiones dicho espesor no es uniforme). Aquellos siete ejemplares son, sin lugar a dudas, más pequeños, ya que su diámetro va de 2,3 a 3 mm. y su espesor de menos de 1 mm. Por consiguiente, puede catalogarse entre los ejemplares más pequeños hallados en Cataluña.

Junto a ellos figuran cinco cuentas de calaita (n.º 52-56), de forma menos regular, aunque tienden a la discoidal, habiendo perdido alguno de ellos, por deshidratación, su color verde característico. Miden de 7 a 12 mm. de diámetro, y su espesor es de 1 a 5 mm.

8. Estos objetos que conocemos por botones de hueso han dado ya lugar a una literatura científica que comenta su utilización. Véase José M.⁸ y Marta COROMINAS, *Huesos perforados en V en la cueva «Encantades de Martés»*, *Espanellá*, en *V Con-*

Adornos más interesantes, por ser menos frecuentes, son nueve colgantes de esteatita (seis enteros y tres fragmentados, n.º 33-39 y 50-51), de forma triangular muy alargada, con la perforación en el extremo opuesto a la punta. Los enteros miden de 18 a 28 mm. de longitud, y su espesor es de 2 mm. Dentro de la misma forma, aunque más redondeado, figura un colgante de calaita (n.º 57) que tiene 13,5 mm. de longitud.

Por último, dos colgantes de pizarra (n.º 32 y 49), de forma elíptica y de poco espesor, que en realidad pensamos era la forma que tenía el pequeño canto rodado que fue utilizado para elaborarlos. Miden, respectivamente, 21 y 28 mm. de longitud por unos 12 de anchura, y con espesores que van de 1,5 a 2,5 mm. Son los únicos hallazgos procedentes del estrato IV, que es posible no pertenezcan a intromisiones del estrato II a través del estrato III.

Botones de hueso. — De los denominados botones de hueso con perforación o perforaciones en V, que juzgamos piezas de adorno, que formaban parte probablemente de collares,⁸ se encontraron cinco ejemplares completos, y otros cuatro que permiten ser examinados. He aquí sus características (todos son de sección plano convexa o triangular) :

(88) Dos perforaciones, una en cada extremo. Longitud, 44 mm.

(85) Como el anterior. Long., 43 mm.

(86) Como los anteriores. Longitud, 56 mm.

(84 y 89) Como los anteriores, pero en dos fragmentos, que llegan a juntarse a pesar de faltar parte de la pieza. Longitud, 57 mm.

greso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1957, Zaragoza, 1959, págs. 121-127, 2 figs., 1 lám. — Véase también, especialmente, Jean ARNAL, Les boutons perforés en V, en Bulletin de la Société Préhistorique Française, LI, 1954, págs. 255-268.

(83) Como los anteriores, pero ligeramente fragmentado por uno de sus extremos. Longitud actual, 57 mm.

(87) Debería haber sido como los anteriores, es decir, con doble perforación, pero sólo encontramos un fragmento. Longitud, 29 mm.

(90) Con una sola perforación en la parte central. Longitud, 17 mm.

(91) También con una sola perforación, pero mucho más corto, ya que en sentido longitudinal mide tan sólo 7 mm.

(92) Fragmento que debería pertenecer a un ejemplar parecido al anterior, que mide también 7 mm.

(93) Esquirla de otro de estos botones que corresponde probablemente a un ejemplar con doble perforación.

Metal. — Se limita a dos fragmentos de punzón de cobre o bronce (no han sido analizados), que miden 21 y 39 mm. de longitud (n.º 95 y 94, respectivamente). Ambos terminan en punta por el extremo conservado. No son dos fragmentos pertenecientes al mismo objeto, ya que su sección, de unos 2 mm. de diámetro, tiende a circular en el primero y a cuadrangular en el segundo.

La cerámica. — La relativa riqueza y el buen estado de conservación de los hallazgos de sílex y objetos de adorno contrasta con la extrema pobreza y fragmentación de la cerámica. Se recogieron unos 500 fragmentos, pero esta cifra podría engañar sobre su interés. La mayor parte son fragmentos minúsculos y no dan idea de la forma de los vasos. Con las típicas coloraciones grises y marrones, que no añaden nada a su conocimiento, son además casi todos fragmentos de vasos lisos, y los únicos decorados presentan escasas incisiones sin orden o mínimos relieves apenas visibles.

De todas formas se puede decir que ha-

bían vasos de paredes delgadas (de hasta 3 mm. de espesor) y otros de mucho grosor (de hasta 12 mm.). Los primeros son de superficies bien finas, con engobes superficiales de décimas de milímetro de espesor, que recubren una pasta bastante depurada. En los de mayor grosor, de pasta más granulosa, los engobes tienen menos aplicación e importancia. Es de señalar que estos últimos, y también buena parte de los restantes, han sido fabricados con tierras locales, en las que abundan las partículas de mica y los granos de arena, tan abundantes en los productos de la descomposición del granito.

Las formas, que se adivinan más que se ven, tienen que corresponder en parte a vasos ovoides o a cuencos, mientras que las piezas de fondo plano son menos frecuentes. Se encuentran vasos pequeños de perfil aquilado, en ocasiones con asas verticales, de las que se ha encontrado algún ejemplar.

Un hallazgo poco común es un pequeño cono de cerámica de 23 mm. de longitud por 12 y 9 de diámetro en el arranque, y en el extremo de sección ovalada. Podría tratarse de una asa de pezón o bien un pequeño pie. Parece demasiado alargado para tratarse de lo primero, de modo que nos inclinamos por la segunda hipótesis.

LA FORMACIÓN DEL YACIMIENTO Y DEDUCCIONES DE SU ESTUDIO

La cueva es una estación típica del eneolítico dentro de la cultura dolménica. Presenta muestras de los elementos materiales más característicos de la misma: los grandes cuchillos de sílex, las puntas de flecha de pedúnculo y aletas, las piezas de adorno de esteatita (con las menos abundantes de calaíta, que son más características del neolítico), la plaquita de pizarra, los botones con perforación en V, los punzones

de metal, al lado de algunos objetos menos frecuentes, como los colgantes triangulares de esteatita y los pequeños cantos rodados perforados de pizarra con idéntica función, pero que caen dentro del mismo círculo cultural.

La mayor parte de los hallazgos corresponde al estrato II, y los pocos realizados en los demás son de la misma naturaleza, representando, a nuestro juicio, intrusiones accidentales de materiales procedentes de aquél. Insistimos en la clara diferenciación de los estratos, por su morfología y coloración. Veamos ahora las deducciones sacadas acerca de la formación y naturaleza del yacimiento, debiendo advertir que ninguna deducción se pudo sacar de la posición de los hallazgos dentro del estrato, ya que la mezcla de todos ellos era absoluta.

El estrato IV corresponde a una introducción de tierras de arrastre, predominantemente hídrico, con anterioridad a la utilización de la cueva por el hombre. Esto explica su compacidad, al mezclarse la tierra con agua, y su coloración oscura, por los elementos orgánicos arrastrados. Los pocos hallazgos los interpretamos como intrusiones posteriores a través del estrato III, que, como hemos dicho, es poco compacto.

La tierra arrastrada por el agua obstruyó las grietas, y unido esto tal vez a una menor pluviosidad, cesó la formación del estrato. Seguidamente, sobre todo por el arrastre eólico, se forma el estrato III, un estrato de constitución muy diferente, diríamos una especie de *loes* suelto, constituido también con anterioridad a la utilización del lugar por el hombre. Encontrándose la cueva en tal estado, empieza dicha utilización, consecuencia de la cual es la formación del estrato II, que es el propiamente arqueológico.

¿Cómo hemos de interpretar este es-

trato? Los datos que nos proporciona su examen, sin haber podido recurrir a ningún tipo de análisis,⁹ son aparentemente contradictorios. Por un lado, hay dos datos que nos inducirían a creerlo originado por un lugar de habitación: uno, la fragmentación de la cerámica, fenómeno típico de los lugares de habitación; el otro, la presencia de numerosas esquirlas de muy variadas clases de sílex, más propio también de una vivienda que no de una sepultura. Pero otros datos se oponen a tal interpretación. Falta la ceniza que caracteriza los lugares de habitación cerrados, como faltan asimismo los huesos de animales de los que se pudieron determinar sólo escasos restos inclasificables por especies, y en cambio tenemos la presencia de abundantes huesos humanos, aunque, como la cerámica, extremadamente fragmentados; y la de objetos de adorno y ofrenda que son típicos de las sepulturas.

Si tratamos de enlazar estas observaciones poco concordantes, hemos de tener presente otro hecho de gran interés: muchos de los huesos están indudablemente quemados o chamuscados, aunque los haya que no presentan señales de fuego; la proporción de los dos grupos viene a ser de dos a uno en favor de los quemados. Esta cremación no puede ser accidental (por ejemplo, por haberse hecho posteriormente fuego en la cueva con otra finalidad), ya que faltan las correspondientes masas de ceniza, que habrían de ser considerables para determinar dicha cremación con un fuego encendido por encima del nivel que contiene los huesos. Por la misma razón tampoco creemos se pueda pensar en una cremación intencionada hecha dentro de la cueva. Además, los huesos están quemados o tostados, no calcinados, y si por el número de dientes hallados (más de un centenar) se puede pensar en un número

9. Han sido separadas y guardadas muestras de los estratos para un posible estudio posterior.

bastante crecido de cadáveres, la cantidad total de huesos es lo bastante escasa para que se pueda creer representan una pequeña parte, tan sólo, de los restos de las personas a que pertenecieron. Por ejemplo, los restos de cráneo son en número proporcionalmente mucho más pequeño que el de las piezas dentarias, cosa que se explica por la mayor resistencia de éstas a la destrucción. Observemos que entre ellas hay también muchas de chamuscadas o quemadas.

Pensaríamos en una cremación hecha fuera de la cueva, al aire libre, tal vez realizada en la inmediata vecindad de un lugar de habitación o en terrenos de un antiguo habitáculo, cosa que explicaría la contaminación de materiales procedentes de éste y también la presencia de las muchas esquirlas de sílex y el gran estado de fragmentación de la cerámica. Después, puede ser bastante más tarde, restos quemados y ofrendas habrían sido tirados en la cueva, lo que explicaría la destrucción de los restos humanos, la desaparición de los más calcinados, la de las cenizas correspondientes, la desaparición de los fragmentos de objetos, que de otra forma hubieran estado en la cueva (hoja gruesa de sílex n.º 3, punta de flecha n.º 48, hacha de piedra n.º 225). En general creemos que la mayor parte de las ofrendas no estuvieron sometidas al fuego.

Estaríamos, pues, en presencia de un enterramiento de segundo grado, aunque de tipo muy diferente al que excavamos en el Torrent de Sant Oleguer, en Sabadell. Pero el hallazgo de huesos humanos quemados plantea nuevamente el problema de la existencia de un rito de cremación durante el eneolítico, en tiempos muy anteriores, por lo tanto, a las primeras invasiones de los

pueblos de origen indoeuropeo, aunque con características muy diferentes. Y no es éste el primer caso que se presenta para el estudio en nuestro suelo.¹⁰

Formado este estrato en un tiempo muy breve, si es válida nuestra hipótesis, la cueva no fue nunca más utilizada de manera continuada. En los últimos tres o cuatro mil años se formó la capa superficial o estrato I, en el que la presencia esporádica de restos antiguos se explica por remociones hechas de arriba a abajo.

Finalmente, insistimos en que el hallazgo que aumenta el interés del Cau de la Mostela es la profusa variedad de los sílex recogidos. Esta variedad de materiales supone también gran variedad de procedencias, y, por lo tanto, de relaciones entre los habitantes del lugar del hallazgo con los de otras comarcas. La zona estricta del Cau, granítica, no cuenta con yacimientos de sílex, de manera que este material es forastero, pero no procedía de un sólo lugar, sino de diversos. Los sílex grises podrían proceder de la comarca del Penedès o de los arrastres del Congost en la zona de Aiguafreda; el jaspado parece indudablemente procedente de los yacimientos del Montjuïc barcelonés; el sílex xiloide podría ser de Caldes de Malavella. El sílex melado en el que está cortado el gran cuchillo n.º 1 no parece haber sido localizado en yacimientos de Cataluña.¹¹

La observación de estos hechos nos conduce a observar la necesidad de hacer una clasificación de los sílex a base de su coloración y naturaleza, y señalar la localización de las diversas especies en los hallazgos de nuestras estaciones arqueológicas, mientras paralelamente se catalogan los yacimientos naturales como se ha hecho en

10. Naturalmente, podríamos encontrarnos también delante de un caso accidental, para desorientación de los estudiosos. Por ejemplo, la destrucción de unas cabañas por el fuego y posterior enterramiento de los restos con la adición de las ofrendas.

11. Hemos de agradecer a nuestros colegas profesores Luis Solé Sabarís y J. F. de Villalta la ayuda que nos han prestado en la clasificación de los materiales líticos y en la eliminación de una supuesta bolita de ámbar.

otros lugares. De la comparación de unas y entre los grupos humanos del neolítico y otras observaciones se podrán deducir eneo-lítico a añadir a las obtenidas por otros señanzas interesantes sobre las relaciones caminos.

RESUME

La grotte II de La Mostela, petite cavité utilisée comme sépulture et située à 32 kms. au Nord-Est de Barcelone, est un gisement typique de la culture énéolithique dite «pyrénéenne». Elle contient des outils caractéristiques de cette culture: couteaux de silex, une pointe de flèche avec pédoncule et ailerons, des grains de collier en stéatite et calaïte (et quelques pendants de forme triangulaire allongée, ce qui est assez rare), des «boutons» en os, avec une perforation en forme de V, une plaquette d'ardoise, etc. La céramique, très fragmentée, n'est généralement pas décorée. L'intérêt du gisement réside dans les deux particularités suivantes : tout d'abord, les déductions qui ont pu être faites après la fouille. Sous une première couche superficielle, moderne, de 20 à 25 centimètres d'épaisseur, on trouve trois niveaux bien définis. Le second, qui a également de 20

à 25 cm. d'épaisseur, est le seul qui contenait des vestiges archéologiques. Malgré les apparences, ce gisement est demeuré presque intact. Il semble, en effet, que les restes qu'il contenait avaient déjà été déposés en désordre, sans doute parce qu'ils provenaient d'une autre grotte, ce qui expliquerait l'extrême fragmentation de la céramique et des ossements. Ces derniers, d'ailleurs, présentent des traces bien nettes de crémation, posant ainsi le problème de l'existence du rite de l'incinération dans les temps énéolithiques. La deuxième particularité intéressante est la diversité de provenance du silex découvert dans cette grotte. C'est là un témoignage des échanges nombreux qui avaient lieu entre les habitants de l'endroit et ceux des régions voisines.

(Trad. R. BATISTA.)



31*



A



B



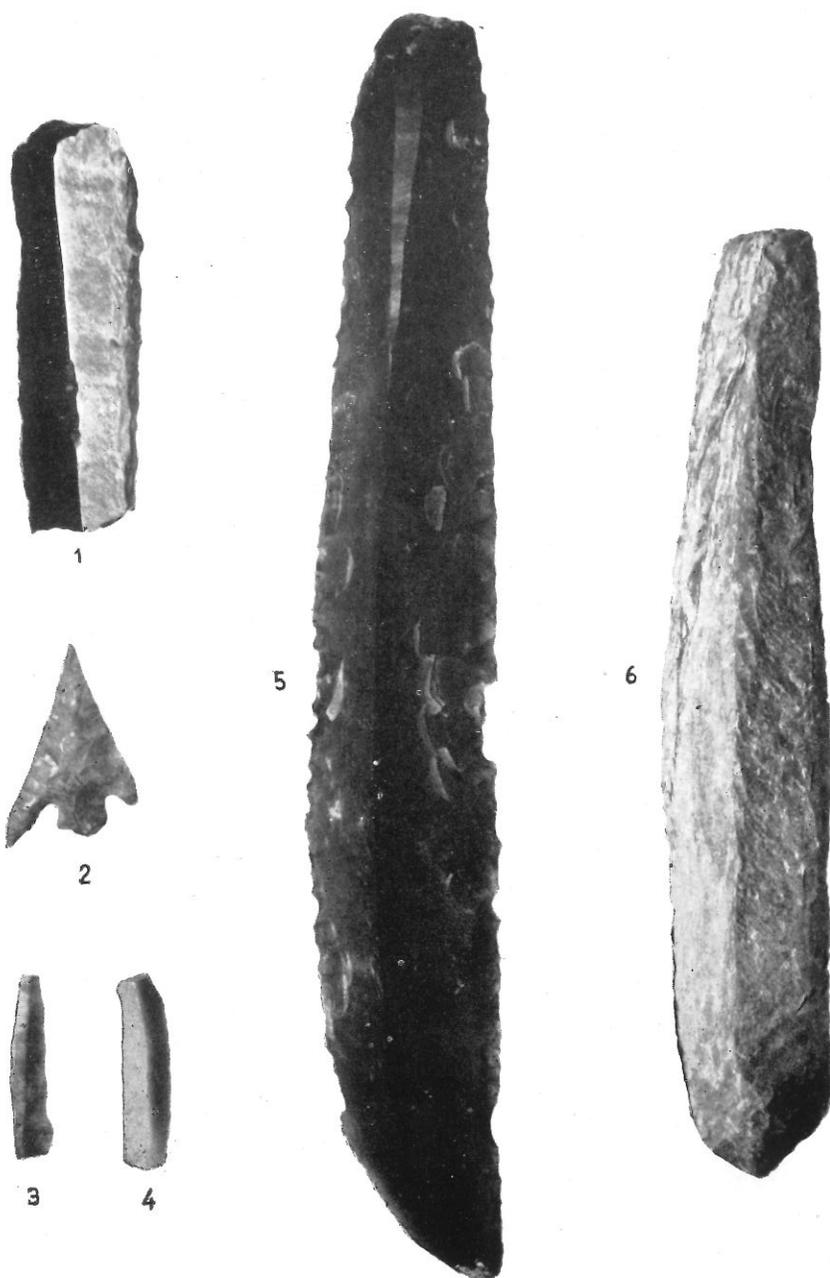
C



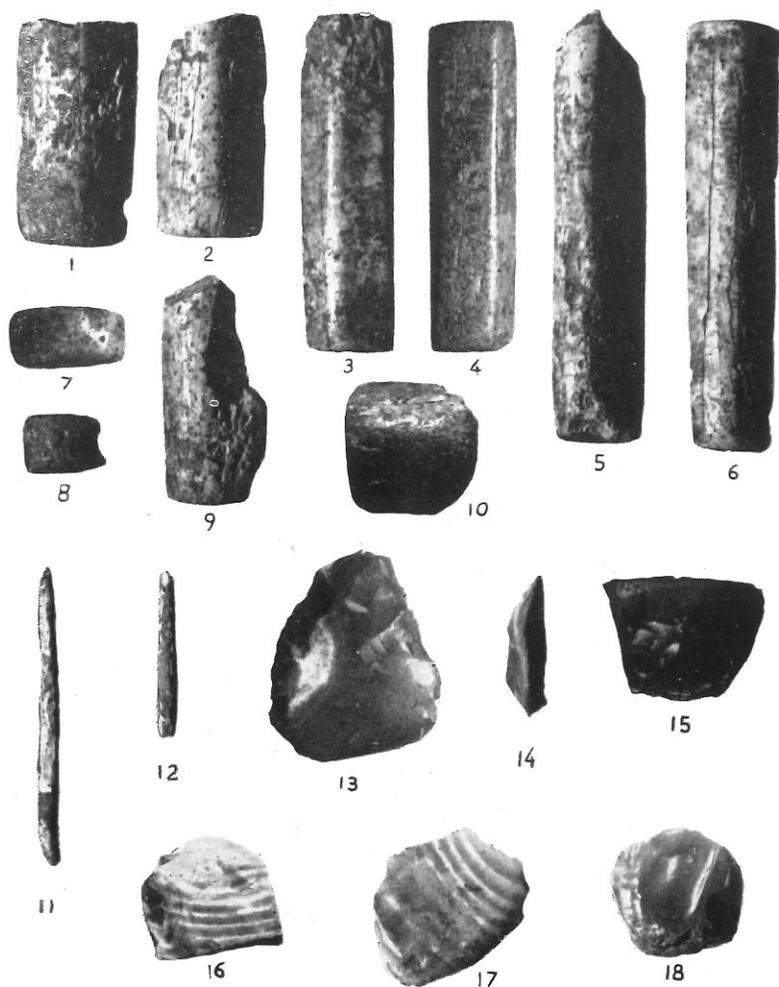
D

Cau de la Mostela.
A, Vista general; B, detalle de la entrada (la gran roca que respalda la cavidad ha sido destruida); C, parte posterior (la gran roca de la derecha ha sido destruida), y D, monolito con una cavidad en la parte superior, situado en las proximidades del Cau.



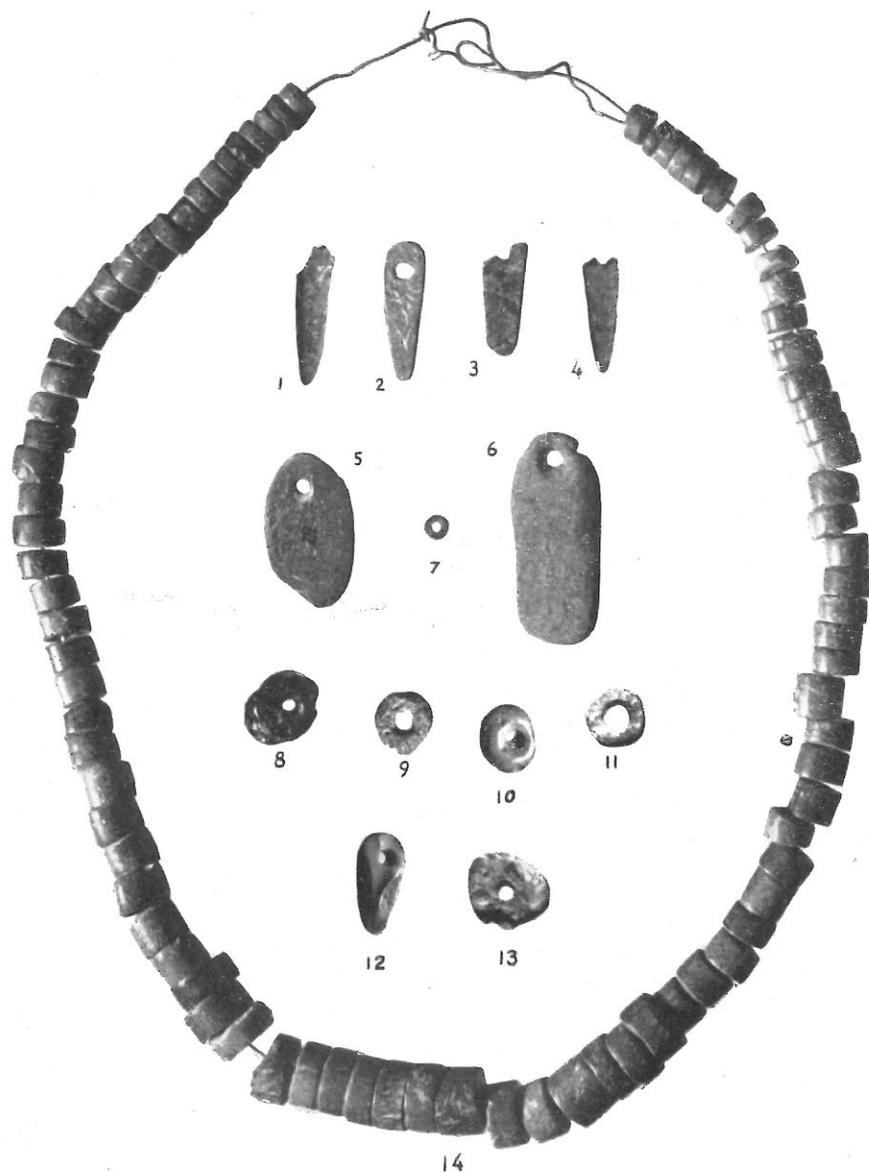


Cuchillos, punta de flecha y pequeñas hojas de sílex, del Cau de la Mostela.
(Tamaño natural.)



«Botones» de hueso (n.º 1 a 10); punzones de cobre (n.º 11-12); esquirlas de diferentes tipos de sílex (n.º 13 a 18), del Cau de la Mostela. (Tamado natural.)





Objetos de adorno : Collar de esteatita (n.º 14) ; colgantes de esteatita (n.º 1 a 4) ; colgantes de pizarra (n.º 5 y 6) ; pequeña cuenta de esteatita (n.º 7) ; cuentas de calaíta (n.º 8 a 11 y 13) y colgante de calaíta (n.º 12), del Cau de la Mostela. (Tamaño natural.)

Separata de «Miscelánea en Homenaje
al Abate Henri Breuil», tomo II